

EL HUMOR DE UN SABIO

Por Vicente MARRERO

«Un aspecto humano poco conocido del padre Ramírez es el de su humorismo. Por Friburgo corrían chistes y frases suyas, con las que amenizaba irónicamente sus lecciones de Teología.»
(De una carta del cardenal Herrera Oria al autor de este artículo.)



EN la célebre biblioteca del P. Ramírez, aunque el lector no se lo imagine fácilmente, al lado de encumbrados y difíciles tratados, raras ediciones, voluminosos infolios..., hay también otro tipo de literatura menuda que hubiese sido la delicia de cualquier amante de las musas risueñas, de esa risa sin hiel de la que decía nuestro Valera que «es celeste propiedad de los dioses, y en la Tierra, privilegio exclusivo de los hombres sanos y fuertes». Yo sabía de buena tinta y por múltiples testimonios de admirables y abundantes muestras de la sana y ancha humanidad de este sabio dominico. Pero nunca me resultó tan elocuente esta «vis» cómica del P. Ramírez hasta que un hermano suyo en religión me contó lo sucedido casualmente un día del año 1945, coincidiendo con el traslado de su biblioteca —opus multorum camellorum— desde el Albertinum de Friburgo —donde el padre había enseñado a lo largo de más de veinte años— a la celda que le tenían destinada en San Esteban. Al subir las escaleras del claustro se rompió uno de los pesados cajones del embalaje y, para sorpresa de quienes lo vieron, por aquellas res-

quebrajaduras no salió, precisamente, ningún «De autoritate doctrinali...», «De analogia secundum...», «De propria indole philosophiae...» o «De hominis beatitudine...», sino cuadernillos de chistes, refraneros y otros volúmenes baratos de sabiduría popular, verdadero e inmanenti totius universitatis creaturarum, in Doctor Communis.

Esta escena, de conocerla Chesterton, la hubiese reflejado en uno de sus inigualables artículos. Nadie como él sabía sacarle punta a la anécdota, consciente de lo que significaba la falta de sensibilidad para todas las cosas, en especial si en ella se advierte la ausencia de la única clase de sencillez digna de conservarse, la del corazón, la sencillez que acepta y que goza. «Esencialmente —escribe Chesterton—, un hombre no puede regocijarse en nada, excepto en la naturaleza de las cosas», para terminar con una de sus desternillantes paradojas: «Nadie puede ser realmente bullicioso, sino el hombre serio.»

Tengo para mí, sin embargo, que en esta «vis» suya de hilaridad encontró el P. Ramírez buena parte de la penitencia, de la cruz que le cupo llevar, si bien una buena cantidad de los

chistes de su cosecha, añadamos como atenuante a favor suyo, los manufacturase en latín. En estos momentos recuerdo uno que me contó sobre la espesa cabellera del húngaro P. Howard, aunque mis conocimientos del latín no son tan seguros para reproducirlo. Mas el padre Ramírez era de esos seres que parecían decir todas las mañanas, como en la hermosa plegaria del santo canceller Tomás Moro: «Dame el don de saber reír de un chiste, a fin de que sepa traer un poco de alegría a la vida y hacer partícipe a los otros.» Pero no hay duda de que a nuestro filósofo le costaba reprimir sus agudezas. Repentinizaba con la rapidez del rayo y a duras penas contenía el inevitable estallido. Por ello rehuía últimamente las polémicas en las sesiones conciliares.

Cuando su libro, célebre por tantos conceptos, sobre «la Filosofía de Ortega y Gasset», algunos suspicaces contradictores no pudieron agarrarse a otra tabla de salvación de no ser alguna que otra astilla que el padre dejó fuera de su habitual y supremo embalaje, precisamente por esa gozosa afición suya a hacer chistes, aunque nunca de mala sangre. Quienes entonces

le afearon el procedimiento, junto a ser injustos, les faltó, por el modo como lo hicieron, perspicacia intelectual para aquilatar en su verdadero alcance la innegable virtud de su sencillez. Y citemos otra vez a Chesterton: «Hay mayor sencillez en el hombre que por propio impulso come caviar, que en el hombre que por principio come avellanas», aunque en el caso que nos ocupa no se exhibieron por principio avellanas, precisamente. Pero, como dijimos, el padre Ramírez más bien sufría con esta proclividad de su ingenio. Consumado escolástico, valoraba en sus justos términos los

fueros indiscutibles de su impulso. Acendrado cristiano, ha de saberse que cuando llegó el momento de desprenderse de sus manuscritos le dijo a uno de sus más allegados colaboradores: «Ahí quedan...; no se pierda gran cosa. Si a usted le parece que merecen la pena publicarse, corrijalos. Quite frases que puedan ser hirientes.» Escripulo admirable en un investigador y pensador en el que todo él, incluida la candidez de algunas de sus anécdotas, es sabiduría y serena objetividad.

Por cierto que el traslado de la biblioteca del P. Ramírez desde Friburgo a Salamanca tiene su parte sabrosa, por curiosa y anecdótica. Aquellos tiempos, lindantes con el término de la II Gran Guerra, eran difíciles para esta clase de transportes, por la situación de Europa y el estado de nuestras relaciones diplomáticas de entonces. No obstante, las cosas rodaron de tal modo que en tan compleja situación la pesada y valiosísima biblioteca del P. Ramírez vino a Salamanca como sobre alas. Y sucedió así: Poco antes de los trámites que con tal motivo se hicieron, habían estado en Suiza, formando parte de la Delegación española en un Congreso de Pax Romana, Martín Artajo, Ruiz Giménez, Alfredo Sánchez Bella y Angel González Álvarez, quienes, todavía incipientes figuras de nuestra vida política, no fueron tratados por el representante diplomático de España con una atención que pudiera calificarse de esmerada. Pero al regresar a España salieron muy pronto casi todos catapultados hacia elevados cargos de nuestro Régimen. Situación que se propuso aprovechar González Álvarez para interesar concretamente el apoyo del excelentísimo señor don Alberto Martín Artajo, titular entonces del Ministerio de Asuntos Exteriores, en favor del traslado de la biblioteca del P. Ramírez.

—No te preocupe este problema —le contestó el Ministro—. Verás cómo ahora el embajador nos atenderá mucho mejor que entonces...

Y, en efecto, la muy nutrida biblioteca, esta vez con más esmerada diligencia que la usada entonces por el excelentísimo embajador, llegó como en bandeja a su destino, y así el padre Ramírez, aunque sin enterarse nunca del móvil secreto que aceleró tan rápidamente y bien aquel engorroso trámite, pudo seguir, absorto entre sus cosas, rodeando una toalla humedecida a su cabeza para paliar el insomnio, con sus libros habituales y sin interrumpir casi el curso normal de su trabajo.



NARRADORES ESPAÑOLES CONTEMPORANEOS

IGNACIO ALDECOA

Por Rodrigo RUBIO

IGNACIO Aldecoa es uno de nuestros narradores más interesantes de posguerra. No se prodiga mucho. Ha publicado cuatro novelas largas, si la memoria no me falla. Estas novelas son «El fulgor y la sangre», «Con el viento solano», «Gran Sol» y la que lanzó hace unos meses, «Parte de una historia» (libro que aún no he podido leer).

Hay otra importante producción literaria de Aldecoa que son sus cuentos, esas narraciones breves que le han dado, tal vez, más categoría de buen escritor que sus libros largos. Narraciones que aparecieron en revistas, y las que se agrupan en los volúmenes, «El corazón y otros frutos amargos», «Caballo de pica» y «Pájaros y espantapájaros». También publicó una novella corta (u otro cuento largo) titulada «El mercado».

Obra literaria no muy extensa, pero sí interesante. Ignacio Aldecoa no ha sido nunca autor de muchos lectores. Su obra se ha definido por lo que encierra de netamente literaria. La prosa de Aldecoa está trabajada. A veces, para mi gusto, peca

de inmovilismo. Hay poca acción en sus relatos. La palabra juega un ritmo lento. Las descripciones nos traen siempre un realismo de imágenes diáfanas. Aldecoa pinta las cosas pequeñas con extremo cuidado. Sus libros se basan, mayormente, en esta forma de hacer. Es el detalle captado y trasplantado al papel lo que va cobrando valor. También, el juego de palabras o de frases hechas. Recuerdo a este respecto la primera novela que leí de Aldecoa, «El fulgor y la sangre», que había sido finalista de un premio Planeta. Se veía ya, en ese libro, un Aldecoa sin prisas, un narrador con parsimonia, preocupado de los detalles, con atención siempre para colocar la palabra justa, el adjetivo más adecuado.

Después, esto lo hemos visto también en sus otros libros. Sobre todo en «Gran Sol», y en casi todas sus narraciones: «Gran Sol» fue para mí una estupenda novela. Lentísima, pero repleta de valores literarios. Cada gesto descrito, como cada frase producida tienen un gran valor estético. Era un libro superior, tal vez —o de la misma talla al menos— a «El Jarama», de Sánchez Ferlosio.

En muchos de sus cuentos, Aldecoa ha

logrado filigranas literarias. Cuentos que no son apenas nada, con un levísimo contenido, con una anécdota apenas perceptible. Es la forma en que se nos presenta todo, el cariño con que están plasmadas las palabras.

Esta obra literaria no puede ser nunca para mayorías. El autor lo sabe, como lo sabemos los que somos lectores y a la vez escritores. Pero Aldecoa quiere seguir esta línea, al parecer, lo mismo que otros desean tomar aquella que les conduzca hacia un éxito más multitudinario, si bien en las letras esto resulta bastante difícil.

Como escritor, aplaudo el camino de Aldecoa. Como escritor, también, podría decirle que la vida da algo más que imágenes y situaciones muy bien presentadas. Pero lo que el autor de «Gran Sol» está haciendo es ya más que suficiente para considerarlo como uno de nuestros escritores, ya hechos, más interesantes de los últimos veinte años.

Esperamos más de Aldecoa, sin embargo. Esperamos novelas que sin perder lo que caracteriza a toda su obra, ramifiquen hacia más amplios y más hondos mundos. Sabemos que, de proponérselo, Ignacio Aldecoa puede hacerlo.